

MAX EINSTEIN

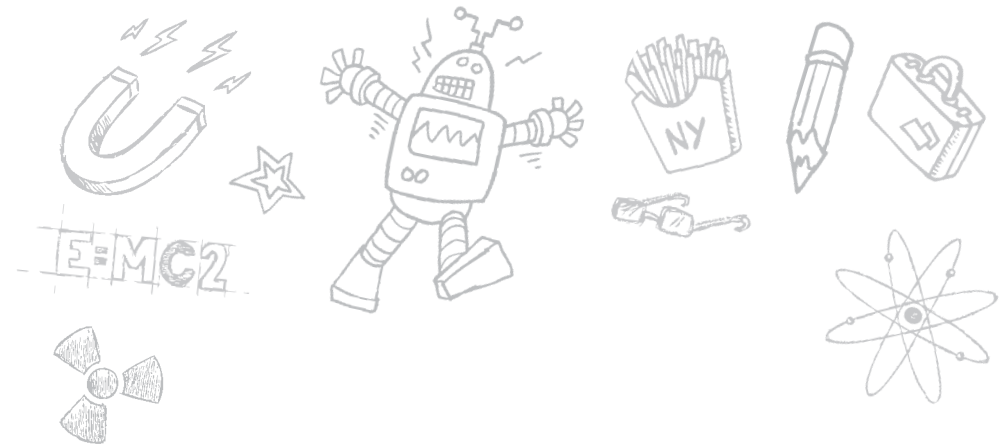
SALVEMOS EL FUTURO

**JAMES PATTERSON
Y CHRIS GRABENSTEIN**

ILUSTRADO POR BEVERLY JOHNSON
TRADUCCIÓN DE MARCELO E. MAZZANTI



Duomo ediciones



Los personajes y los hechos de este libro son ficción. Cualquier semejanza con alguna persona real, viva o muerta, es una coincidencia sin intención por parte del autor.

Ilustraciones: Beverly Johnson

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Max Einstein. Saves the future*

© 2020, James Patterson, por el texto

© 2022, Marcelo E. Mazzanti, por la traducción

ISBN: 978-84-17761-40-0

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 1.285-2022

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: junio de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoedizioni.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

MAX EINSTEIN SALVEMOS EL FUTURO





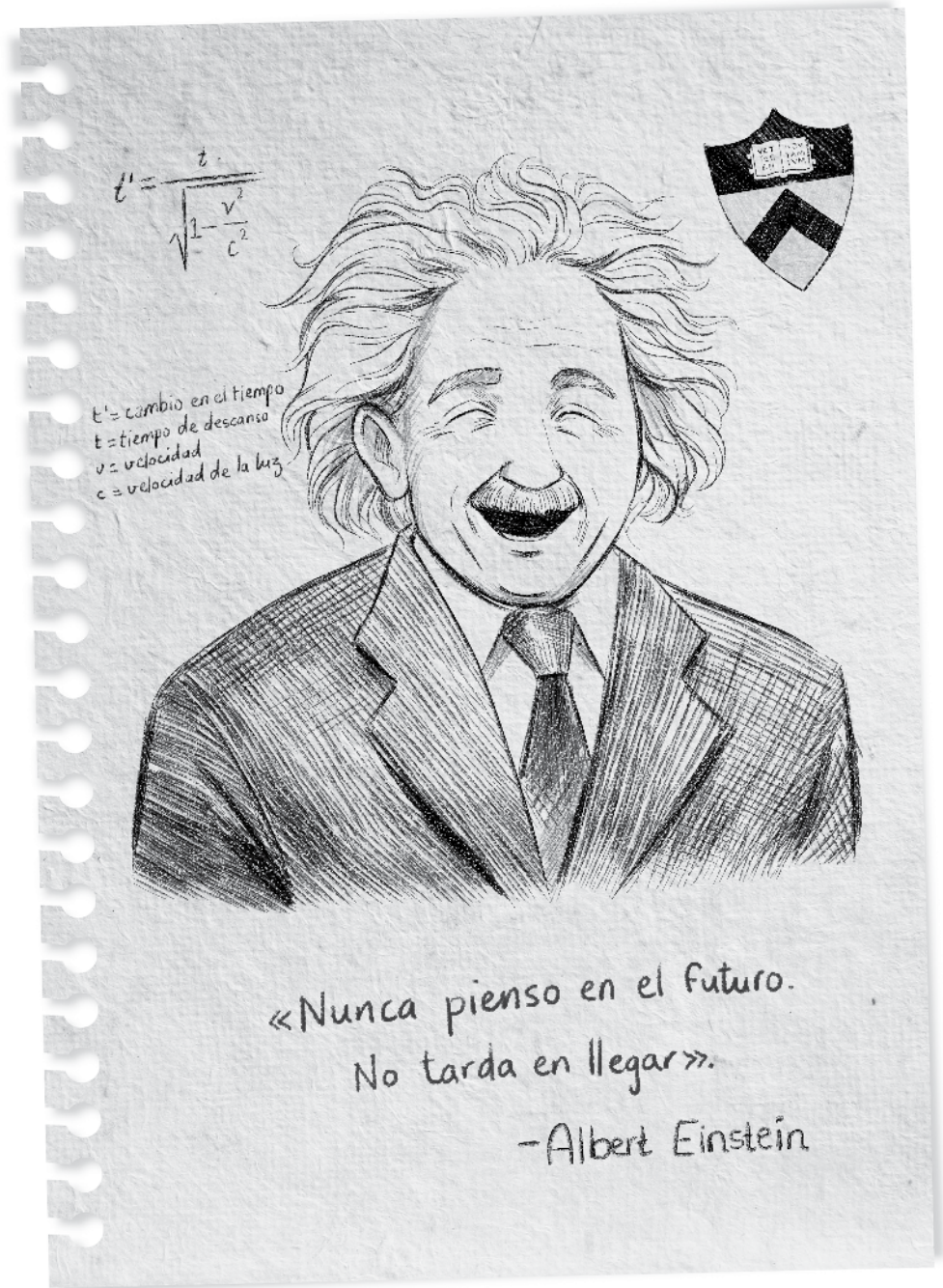
La historia hasta el momento...

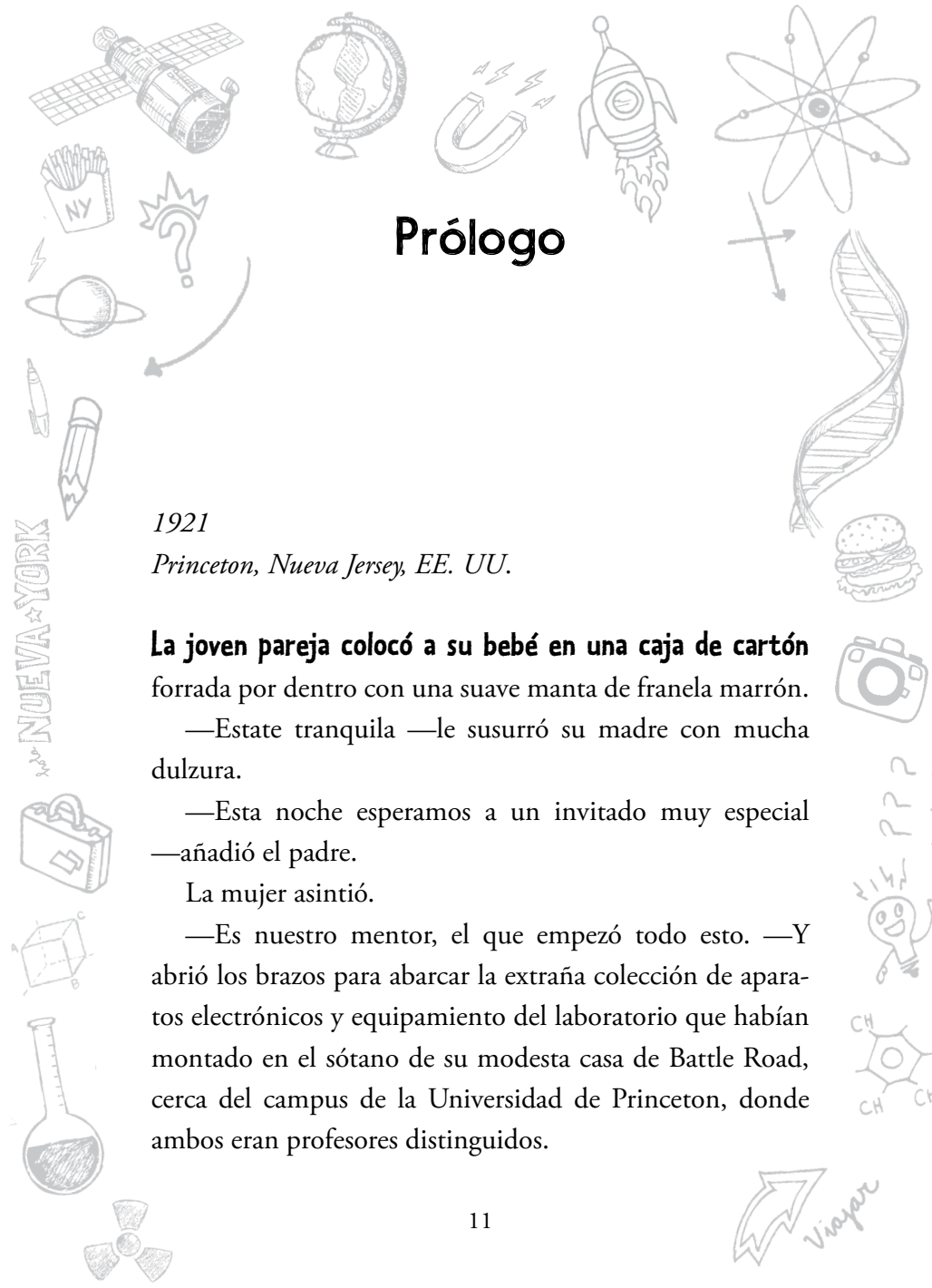
Max Einstein no es la típica genia de doce años.

Hackeó el sistema informático de la Universidad de Nueva York para poder asistir a sus clases. Inventó y construyó máquinas para ayudar a los sin techo con los que vivía.

Todo cambió cuando la niña, que no tenía hogar y no había conocido a sus padres, fue reclutada por una misteriosa organización, el Instituto de Implementadores del Cambio (IIC). Su misión: resolver mediante la ciencia algunos de los problemas más difíciles a los que se enfrenta el planeta. Max lideró un grupo muy diverso de jóvenes genios de todo el mundo que inventaron la forma de llevar agua a las zonas más remotas y de ofrecer agua depurada a un pueblo de la India.

Pero solo podrán seguir haciendo el bien si la siniestra organización conocida como la Corporación no lo evita. Porque están dispuestos a hacer lo que sea para acabar con Max y su equipo de buenazos.





Prólogo

1921
Princeton, Nueva Jersey, EE. UU.

La joven pareja colocó a su bebé en una caja de cartón forrada por dentro con una suave manta de franela marrón.

—Estate tranquila —le susurró su madre con mucha dulzura.

—Esta noche esperamos a un invitado muy especial —añadió el padre.

La mujer asintió.

—Es nuestro mentor, el que empezó todo esto. —Y abrió los brazos para abarcar la extraña colección de aparatos electrónicos y equipamiento del laboratorio que habían montado en el sótano de su modesta casa de Battle Road, cerca del campus de la Universidad de Princeton, donde ambos eran profesores distinguidos.

Como físicos, eran muy creativos e inventivos. Por eso, habían construido un parque para su hija en una caja de cartón.

A la bebé le encantó. Sonrió, hizo ruiditos y se acomodó en la blanda manta mientras observaba cómo sus padres iban de un lado a otro girando diales, pulsando botones y empujando palancas a la posición *on*, creando una sucesión muy colorida de luces parpadeantes.

La niña hizo «¡Oooh!», unió sus manos regordetas y se quedó mirando el espectáculo.

Al poco, un murmullo llenó todo el sótano.

—Creo que el profesor Einstein va a quedarse impresionado —dijo el padre.

—Eso espero —replicó la madre—. A fin de cuentas, es quien nos inspiró el experimento. Todo esto existe gracias a él.

Cuando los dos eran alumnos brillantes en la Universidad de Princeton (y de los más jóvenes de su historia; los consideraban niños prodigio) habían asistido a una conferencia del distinguido Albert Einstein sobre la relatividad general.

Desde entonces trabajaban en sus aplicaciones prácticas.

El tamborileo de la electricidad turbocargada y de los giros de los magnetos era tan fuerte que casi ni oyeron el timbre que sonó arriba.

—¡Es él! —exclamó el padre—. ¡Ha venido! ¡El profesor Einstein en persona!

—¿Te has acordado de ir a buscar la tarta de naranja y las fresas? —preguntó la madre mientras los dos subían a toda prisa por las escaleras de madera del sótano.

—Sí, cariño. Habrá que echarles la nata.

—¡Eso ya lo haremos después de la presentación!

Dejaron un momento sola a la bebé, que estaba como hipnotizada por los extraños sonidos y el brillante arcoíris de luces parpadeantes. Salió de la caja de cartón y avanzó a gatas por el suelo de cemento, que se fue volviendo más y más frío a medida que aparecía escarcha en el *interior* de las ventanas.

Sorteó varias pilas de cajas de madera y fue directa hacia una maleta abierta. Por fuera había pegada la foto de un hombre de pelo rizado, raro. En ella se reflejaba el espectáculo de colores, atrayendo a la niña. Dentro había una especie de documento con pinta de ser muy sesudo. Ella, claro, no podía leerlo. Solo quería tocar las luces brillantes que danzaban en el rostro sonriente del hombre canoso.

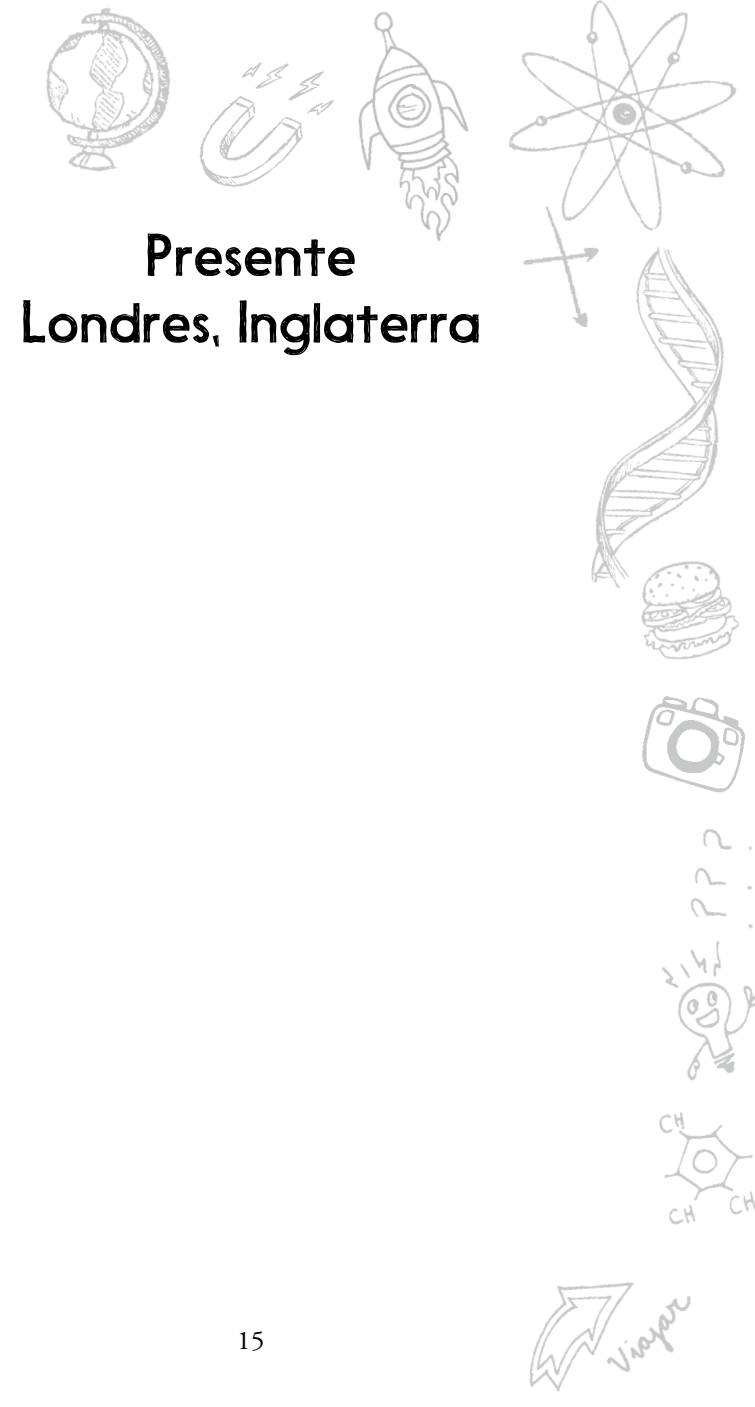
Las cañerías del techo se agitaron y gruñeron al congelarse el agua de su interior.

Ahora había tres centímetros de hielo en las ventanas.

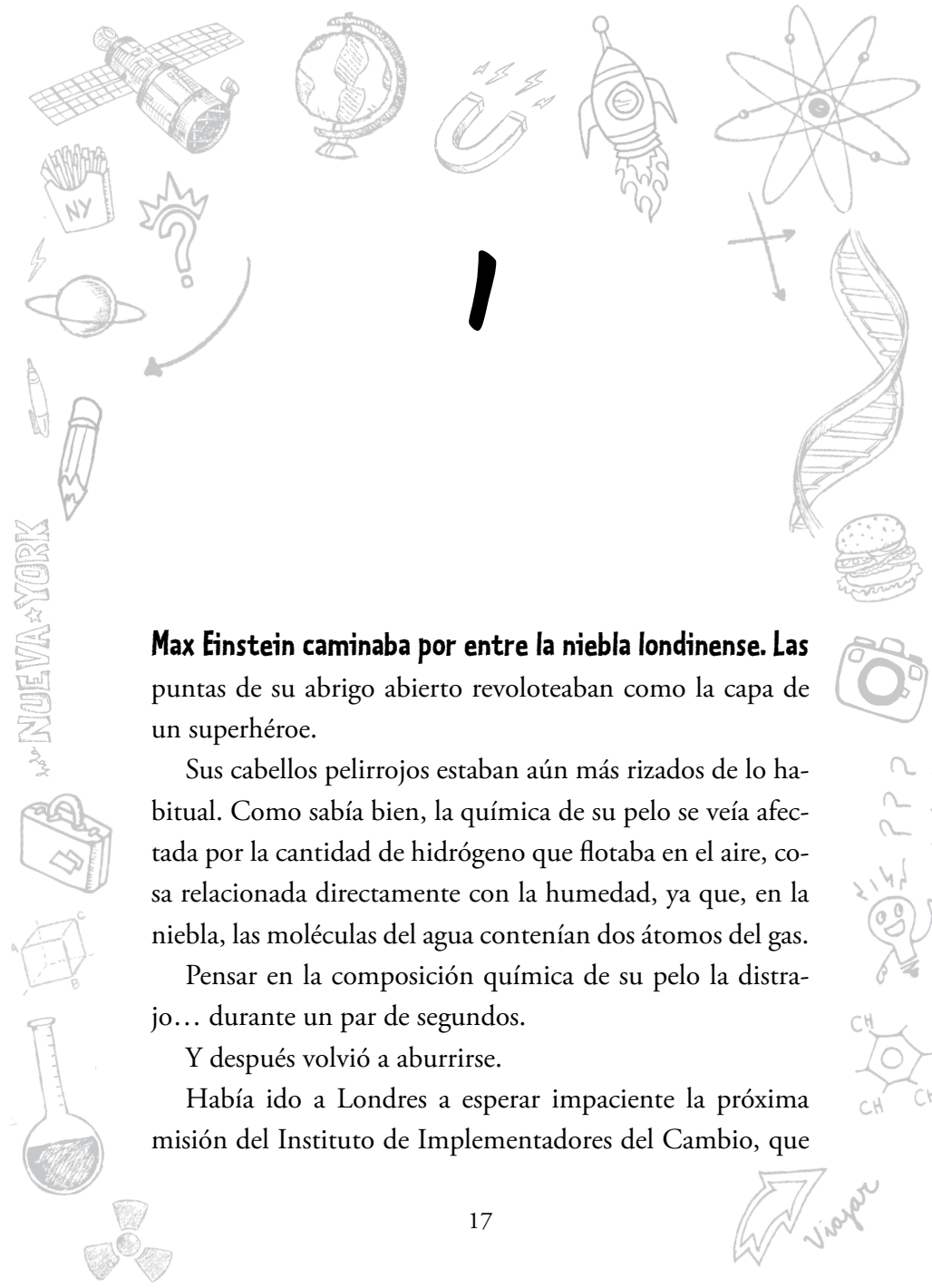
La bebé contempló sus vahos de vapor.

De repente se produjo un flash cegador, un arco de luz artificial.

El ruido paró.
Dejó de hacer frío.
Y el mundo de la bebé nunca volvió a ser el mismo.



Presente Londres, Inglaterra



Max Einstein caminaba por entre la niebla londinense. Las puntas de su abrigo abierto revoloteaban como la capa de un superhéroe.

Sus cabellos pelirrojos estaban aún más rizados de lo habitual. Como sabía bien, la química de su pelo se veía afectada por la cantidad de hidrógeno que flotaba en el aire, cosa relacionada directamente con la humedad, ya que, en la niebla, las moléculas del agua contenían dos átomos del gas.

Pensar en la composición química de su pelo la distrajo... durante un par de segundos.

Y después volvió a aburrirse.

Había ido a Londres a esperar impaciente la próxima misión del Instituto de Implementadores del Cambio, que



iba a encargarles su mecenas, Benjamin Franklin Abercrombie (y a quien ella llamaba simplemente Ben). A ver, por muchos millones que tuviera, solo era dos años mayor que Max. Y también era muy mono. Y le encantaba en qué se gastaba el dinero: en financiar a un grupo de niños geniales para que se enfrentaran a los problemas del mundo sin la interferencia de los gobiernos. ¡Era alucinante!

Max pensó en Ben durante un nanosegundo y después pasó de nuevo a la posición «aburrida y frustrada», y es que a la doceañera le parecía que la primera ley del movimiento de Newton nunca la afectaba a ella. Según el físico, un objeto en posición de reposo se mantiene así, mientras que uno en movimiento sigue en movimiento.

El problema era que Max no sabía lo que era el reposo. Ansiaba la acción, el movimiento constante. Quedarse inerte no era lo suyo.

Su mente pasó a la decisión de no llevar un gorrito de lana mientras daba vueltas por la ciudad. Se trataba de una especie de disfraz para ocultar sus enredados rizos rojos, que destacarían demasiado para cualquier villano que pudiese estar buscándola.

Y sí, la estaban buscando.

Un tenebroso grupo que se hacía llamar la Corporación estaba muy interesado en reclutarla y aprovecharse de su cociente de inteligencia increíblemente alto, aunque para ello tuviesen que secuestrarla. Por suerte, el compañero de ha-

bitación de Max, que había trabajado para los malos antes de cambiar totalmente de idea, le había dicho que, según su extensa red de contactos, que no quería revelar, «la Corporación no tiene ni idea de que los dos estamos en Londres, Inglaterra».

Leo, su compañero, era el único que siempre llamaba a la ciudad «Londres, Inglaterra». Era un poco rarito con esas cosas.

Contando con la seguridad de estar a salvo, Max había decidido intentar que la espera no fuese una pérdida de tiempo total. De vez en cuando salía de aquel lugar tan abarrotado (lo que los londinenses consideraban un apartamento) en un albergue de juventud (elegido por Ben) e iba a ver los lugares de la ciudad que su héroe, Albert Einstein, había visitado durante su estancia en la ciudad. Le gustaba sentir que ocupaba el mismo espacio, aunque, claro, no el mismo tiempo, que el gran genio. Quizás, en cierto sentido, eso los acercara. Y aunque no fuera así, era una experiencia divertida y educativa. Como había dicho el propio Einstein, «la única fuente del conocimiento es la experiencia».

Y Max deseaba tener al menos una nueva experiencia por día.

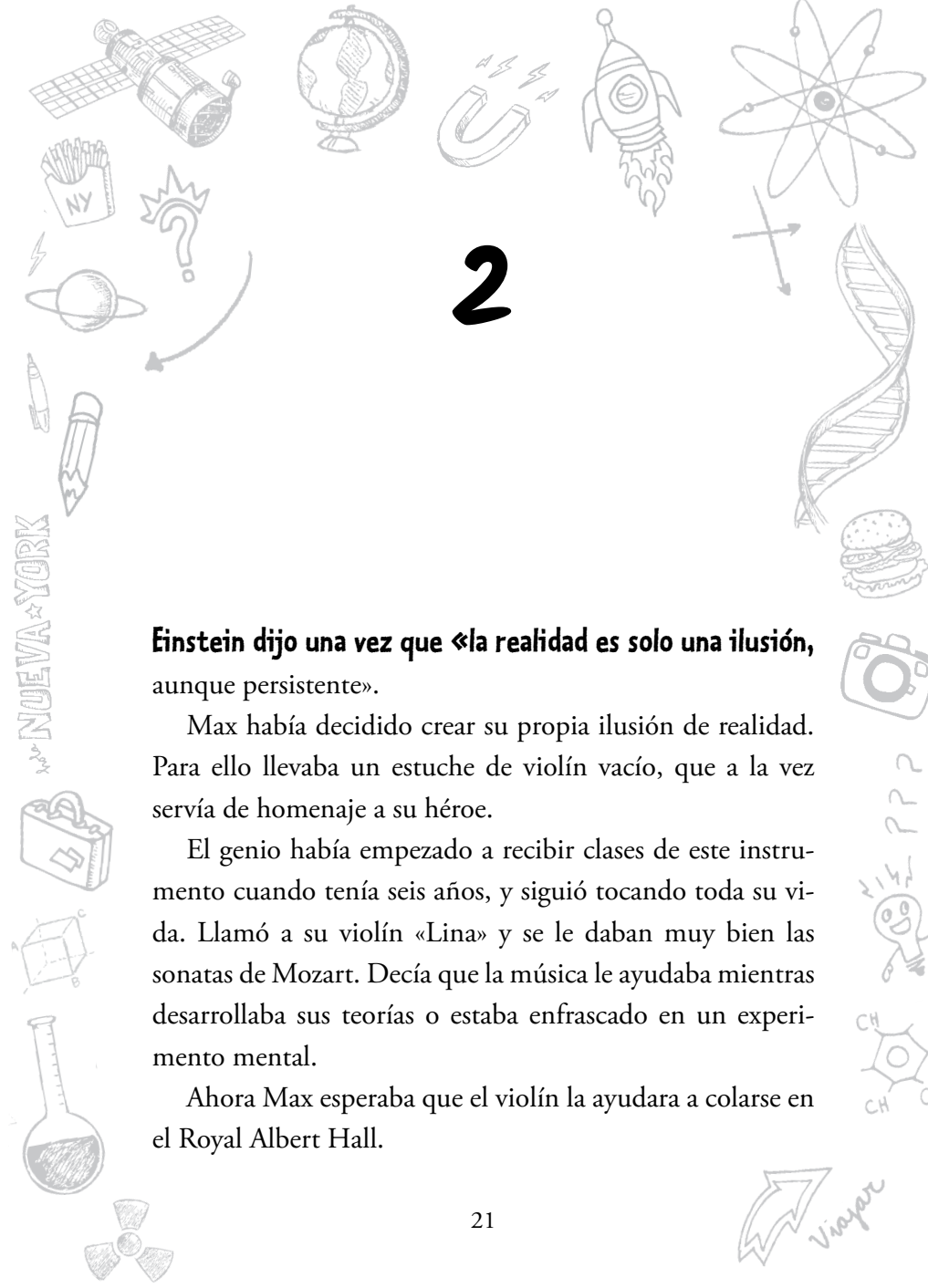
Por eso, ahora avanzaba entre la niebla, hacia un lugar que no conocía: el Royal Albert Hall. Situado en el distrito de South Kensington de Londres, había sido inaugurado por la reina Victoria en 1871 y debía su nombre al marido

de ella, el príncipe Alberto. Cada año se representaban en él unas cuatrocientas funciones de lo más variado, desde conciertos de rock y pop hasta música clásica, ballet y entregas de premios. Entre los grandes nombres que habían pasado por allí, y a los que habían dedicado placas y estrellas en el exterior, estaban Adele, Eric Clapton, Winston Churchill, Muhammad Ali y, claro, Albert Einstein, cerca de la puerta número 5.

Aquella noche había concierto, pero Max no tenía entrada.

Aunque tampoco creía que fuera a necesitarla.

Y es que contaba con algo que seguro que iba a convertirse en su pase secreto de acceso a todas las áreas.



2

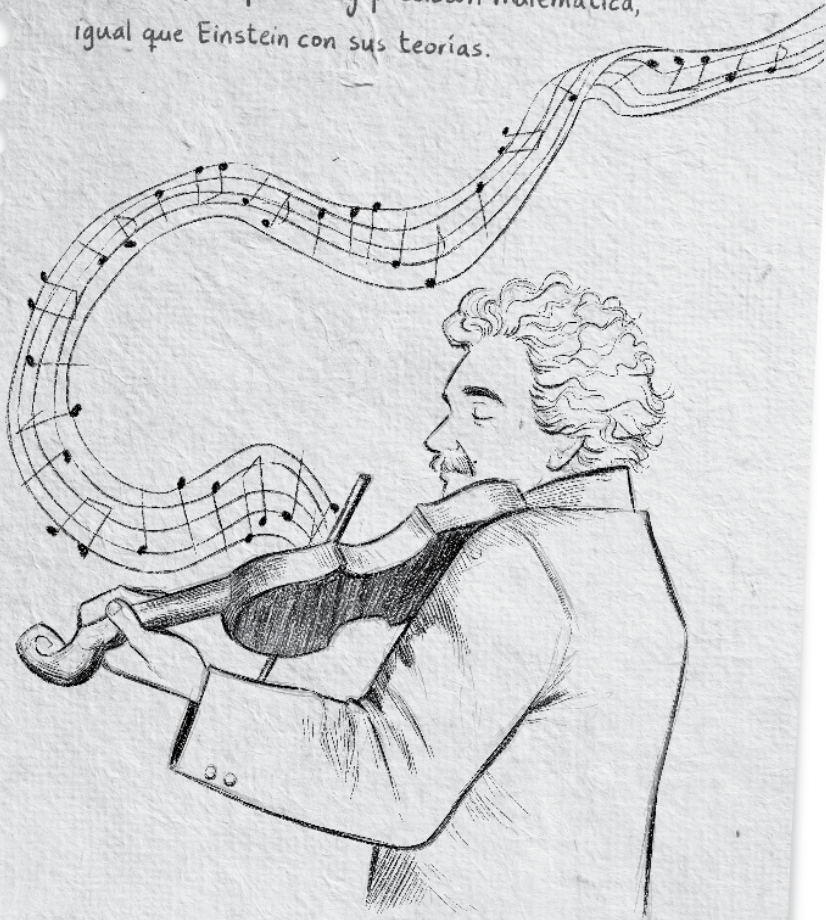
Einstein dijo una vez que «la realidad es solo una ilusión, aunque persistente».

Max había decidido crear su propia ilusión de realidad. Para ello llevaba un estuche de violín vacío, que a la vez servía de homenaje a su héroe.

El genio había empezado a recibir clases de este instrumento cuando tenía seis años, y siguió tocando toda su vida. Llamó a su violín «Lina» y se le daban muy bien las sonatas de Mozart. Decía que la música le ayudaba mientras desarrollaba sus teorías o estaba enfrascado en un experimento mental.

Ahora Max esperaba que el violín la ayudara a colarse en el Royal Albert Hall.

Mozart y Bach creaban música con claridad, simplicidad y precisión matemática, igual que Einstein con sus teorías.



¡Vivo mis ensoñaciones con música!

—Perdone —le dijo al primer guarda de seguridad que vio—. ¿Dónde está la entrada de los músicos?

Agitó un poco la funda para asegurarse de que el hombre la viera.

—La entrada de los artistas. Dé ahí la vuelta, es después de la puerta 1; no tiene pérdida. Buenas noches.

—¡Gracias!

No se sintió culpable por engañar al guarda. Ella no había dicho que fuera uno de los músicos. Solo había permitido que él solito crease esa realidad ilusoria; ni siquiera había tenido que insistir mucho.

Entrar por ahí le permitió saltarse el gentío que rodeaba las puertas principales, y, claro, a los taquilleros. Avanzó con gran aplomo, como si supiese lo que hacía, y pronto se encontró en la oscuridad de los bastidores.

—*Einstein estuvo parado aquí* —se dijo.

—*No. Un poco más a la izquierda* —le contestó Einstein.

Por supuesto, el gran físico no estaba presente. Solo era algo que Max hacía de vez en cuando: mantener maravillosas conversaciones silenciosas con el Einstein imaginario que tenía en la cabeza. Para ella, no solo era un genio de fama mundial; también era una especie de abuelito divertido con un sentido del humor muy especial.

El hecho de estar justo (o casi) en el mismo lugar que él el 3 de octubre de 1933 le puso la piel de gallina. Aquella noche el profesor se había dirigido a un público que había

abarrotado la sala, y les habló sobre su miedo a la crisis que se cernía sobre Europa, donde Adolf Hitler y el fascismo no paraban de crecer. Fue seis años antes de la Segunda Guerra Mundial, aunque para él y para otros judíos que vivían en Alemania el horror ya era muy real.

Todo aquello hizo pensar a Max en posibles «pliegues», dobleces en los límites del tiempo y el espacio. ¡Sería genial pasar por uno de esos pliegues y viajar al pasado para conocer a su héroe! Él había estado allí mismo. Ella lo estaba ahora. ¡Ojalá sus líneas temporales pudieran cruzarse!

Quizás entonces pudieran encontrar otro pliegue temporal que los llevase al futuro, para que Max pudiese ver qué era lo que le esperaba. O a lo mejor el doctor Einstein podría mostrarle cómo viajar atrás doce años, a tiempo para averiguar por fin quiénes eran sus padres.

Llevaba lo que le parecía su vida entera siendo huérfana. Sí conservaba algunos vagos recuerdos de sus padres, pero nada claros, los típicos grises y algo desenfocados de la cuna que mucha gente percibe, pero no consigue acabar de definir.

Y si Einstein no podía hacer nada de eso, al menos ella podría avisarle de los cazarrecompensas nazis que lo siguieron durante su estancia en el Londres de 1933.

—*He leído*—le dijo a su Einstein imaginario— *que hubo un complot para asesinarte durante tu visita.*

—*Ah*—contestó él en la cabeza de la niña—, *pero no*

fue un muy buen complot, ¿verdad? ¡Vivi hasta 1955! ¿Y no es maravilloso que lo llamen Royal Albert Hall? ¡Han sido muy amables dándole mi nombre!

Max sonrió. Le encantaba que le hiciera esos chistes tan malos. Así parecía aún más un abuelo, como el que ella no había tenido nunca en la realidad.

—*¿Y a ti aún te persiguen los malos, Maxine?*—le preguntó él.

—*Sí. Los gorilas de la Corporación. Pero no te preocupes: aquí en Londres estamos a salvo.*

Y, por supuesto, en cuanto lo dijo, de entre las sombras aparecieron dos tipos corpulentos totalmente de negro y fueron hacia ella.



3

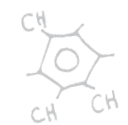
—¿Qué haces aquí, jovencita? —preguntó uno de los hombres. De una oreja le salía el cable espiral de un comunicador. También tenía los músculos del brazo del tamaño de la cintura de una persona normal. Su compañero estaba igual de cuadrado que él, pero su pelo al cepillo era rubio en vez de moreno.

Max pensó en contestar «Estoy charlando con mi musa», pero no le pareció que a aquellos dos, con sus camisetas negras donde ponía SEGURIDAD, fuese a gustarles la respuesta, así que decidió mostrarles la funda del violín.

—Soy... ¿uno de los músicos? —Sí, lo dijo como si fuese una pregunta, cosa que muy pocas veces suena convincente.

—¿Ah, sí? —replicó el rubio—. ¿Eres violinista?

NUEVA YORK



Max asintió.

—No pensaba que los grupos a capella como los de esta noche usaran violines. Normalmente solo usan la boca.

Max miró a su izquierda. Seis cantantes acababan de entrar entre bastidores. Ninguno de ellos llevaba instrumento alguno.

—Acompáñame —dijo el gorila moreno, que la cogió suavemente del brazo y la llevó hacia la salida—. Me encantaría dejarte ver el concierto gratis, pero lo más seguro es que me despidieran. Adiós.

Dos minutos más tarde, Max estaba de vuelta en la calle, fuera del Royal Albert Hall. Seguramente Albert Einstein también había caminado por allí, pero eso no le provocaba la misma sensación mágica que estar entre bastidores.

Frustrada, se metió en una de las típicas cabinas telefónicas rojas de Londres (aunque esta no tenía teléfono) y sacó un móvil encriptado por satélite del fondo de un bolsillo de su abrigo.

Era el momento de llamar a Ben. Por suerte, ella tenía su número directo. También él le había pagado su carísimo Iridium Extreme.

Al tercer tono le respondió. Siempre lo hacía al tercer tono.

—Ah, hola, Max —dijo, sin preguntar quién llamaba. Debía de tener el aparato más sofisticado del universo—. ¿Qué tal, hum, Londres?

—Un rollo.

—¿En serio? ¿Londres? ¿El Londres de Inglaterra? ¡Pero si hay tantas cosas que ver y que hacer...!

—¿Cuándo empezamos nuestro próximo proyecto?

—Pronto, Max. Ten paciencia. Estoy haciendo investigaciones muy detalladas. Va a ser vuestro mayor desafío hasta el momento, y no queremos que vayáis sin estar preparados del todo.

—¿Pronto?

—Sí. Tú, hum, espera. Ya te llamaré. Pronto.

Max colgó.

Pronto.

Esa es una de las palabras que demuestran que el tiempo es relativo.

A muchos niños, el «pronto» se les hace eterno en Nochebuena, cuando no pueden esperar hasta el día siguiente para abrir los regalos. A otros les parece apenas un instante, como cuando el dentista entra en la sala de espera y les dice que va a visitarlos «pronto».

Max estaba claramente en la categoría «Nochebuena». O sea, «pronto» parecía «nunca».

Se resignó a esperar y echó a caminar de vuelta al albergue, cerca de Hyde Park, donde estaba el piso de Leo, que era básicamente como un dormitorio universitario.

Vio a un hombre que llevaba un carrito de supermercado lleno hasta los topes de sándwiches envueltos en plástico.

Curiosa, lo siguió mientras traqueteaba muy ruidosamente por un callejón de adoquines apenas iluminado por una farola debilucha.

—Buenas noches, Franky —dijo el hombre dirigiéndose a un bulto oscuro que había en el suelo—. ¿Qué tal la familia?

El bulto se agitó. Max vio que era un hombre en un saco de dormir. Cuando los ojos de la niña se acostumbraron a la penumbra descubrió que había varios sacos parecidos, algunos bastante pequeños.

—¡La cena! —exclamó el hombre, alegre, sacando unos cuantos sándwiches del carrito—. Perdonad que venga tan tarde, tuve que esperar a que la tienda cerrara. Jamón curado de Wiltshire con pan de leche para usted y su señora. De beicon para los niños.

—Gracias, Charles —dijo el que dormía en el callejón con su familia.

A la mención de la cena asomaron dos cabecitas. Max distinguió sus amplias sonrisas a pesar del humilde «dormitorio». Sabía que los niños lo aguantan todo, pero el ver cómo sus pequeñas manos volaban ansiosas hasta la comida le partió un poco el corazón.

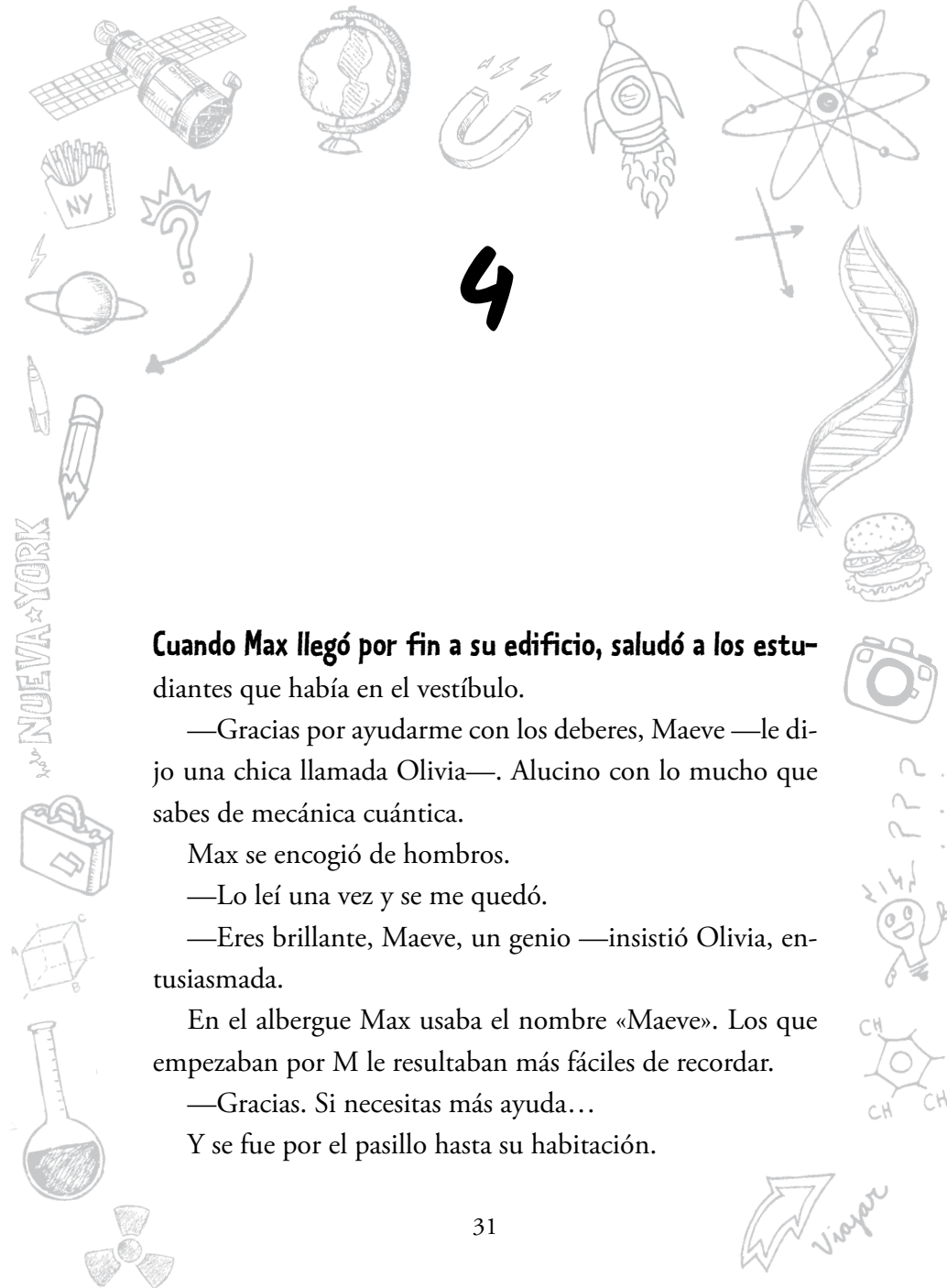
Una vez estuvo igual que ellos.

Cuando vivía en las calles de Nueva York, su principal objetivo cada día era encontrar comida. A veces acababa devorando cosas menos limpias y bien envasadas que los

sándwiches de Charles. Supuso que eran los que la tienda no había vendido al cerrar.

Se alejó en silencio del callejón. No quería que aquella familia sin casa la vieran, sobre todo los niños.

Recordaba la vergüenza y la humillación que a veces había sentido durante la búsqueda de alimento. Eran unos sentimientos muy fuertes... aunque no tanto como los zarrazos del hambre en la barriga.



Cuando Max llegó por fin a su edificio, saludó a los estudiantes que había en el vestíbulo.

—Gracias por ayudarme con los deberes, Maeve —le dijo una chica llamada Olivia—. Alucino con lo mucho que sabes de mecánica cuántica.

Max se encogió de hombros.

—Lo leí una vez y se me quedó.

—Eres brillante, Maeve, un genio —insistió Olivia, entusiasmada.

En el albergue Max usaba el nombre «Maeve». Los que empezaban por M le resultaban más fáciles de recordar.

—Gracias. Si necesitas más ayuda...

Y se fue por el pasillo hasta su habitación.

Cuando abrió la puerta y entró, vio a su colega, Leo, en cuclillas ante la pared de enfrente.

Tenía el dedo en un enchufe.

Otra vez.

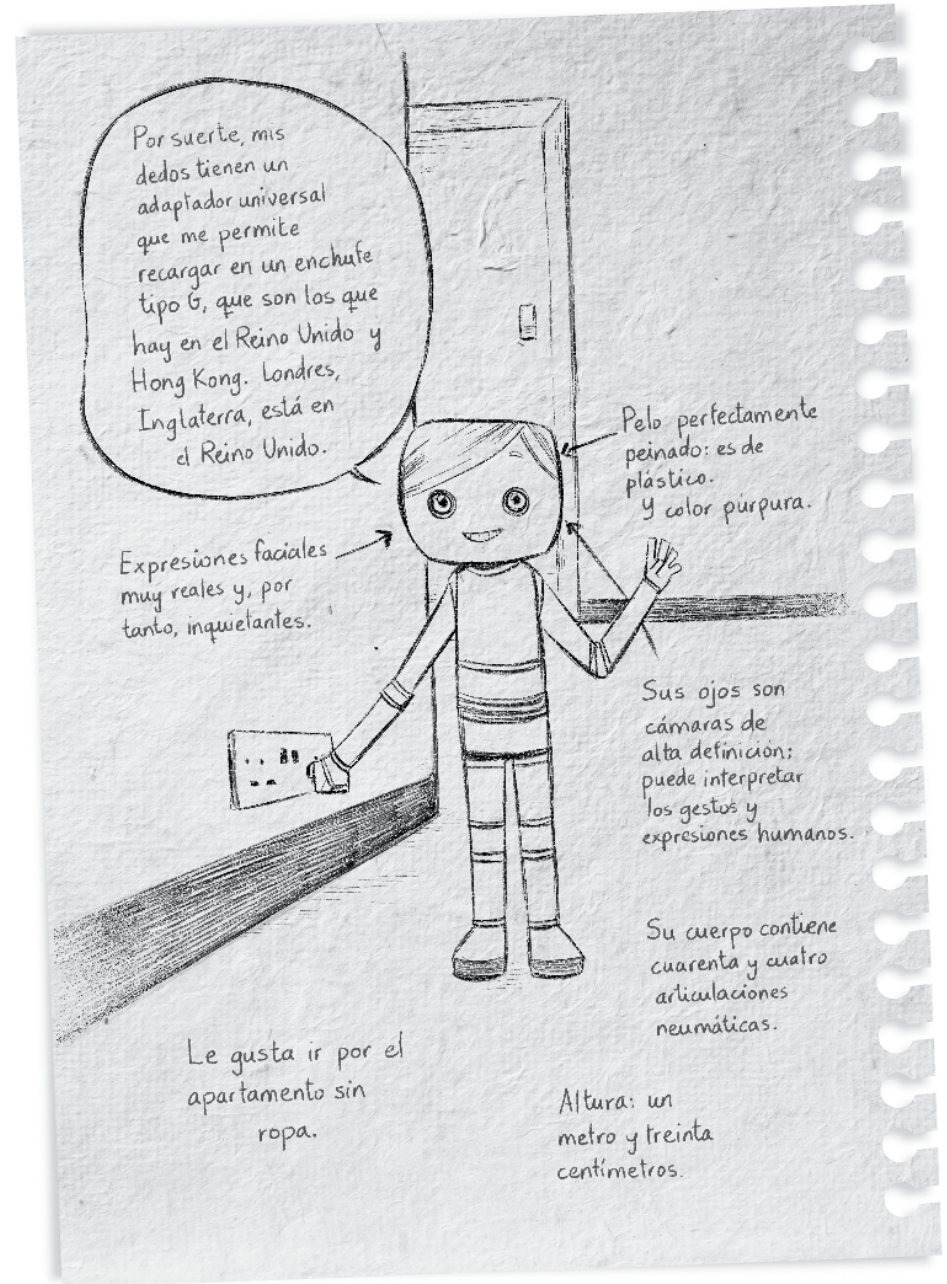
—Estoy usando este tiempo libre para recargar las baterías —le explicó al ver que ella miraba al infinito.

Leo era un autómatas, un robot de aspecto humano. Un maniquí andante y parlante con una increíble IA (inteligencia artificial), que parecía escapado de la sección de moda infantil de unos grandes almacenes. Lo habían diseñado para que pareciera un niño de doce años nada amenazador.

Conocido antes como Lenard, la Corporación lo había construido para que les ayudara a capturar a Max. Por suerte, uno de los colegas de ella del Instituto de Implementadores del Cambio, un joven polaco amante de las salchichas llamado Klaus, era experto en robótica. Después de que la niña capturara a Lenard, Klaus reprogramó del todo la IA del robot y lo convirtió en el muy útil y amistoso Leo.

—Será el compañero de habitación perfecto —le había asegurado a Max—. Si tienes una pregunta, él sabrá la respuesta. Y, si habla demasiado, siempre puedes darle una patada en el culo para reiniciarlo. —Klaus era bastante bromista y le había puesto el botón de *reset* en el trasero.

—La temperatura exterior es de trece grados Celsius, o cincuenta y cinco grados Fahrenheit —dijo Leo, que sonaba como una Alexa o una Siri hiperactiva—. Nublado, con



una humedad del sesenta por ciento. Alertas de nieblas en Londres, Inglaterra, y alrededores...

—Gracias, Leo, pero no te he pedido el parte meteorológico.

—Intento anticiparme a tus deseos. El nivel de peligro es mínimo. No se ha detectado presencia de la Corporación en las inmediaciones del edificio. —Y soltó una risita. Lo hacía a menudo. Era un fallo de programación que ni siquiera un genio como Klaus conseguía borrar de lo más profundo de los chips de silicona del niño robot.

—Me voy a la cama —le dijo Max—. Ha sido un día difícil.

—¿Quieres escuchar música? Veo que llevas una funda de violín. ¿O quieres tocar el *Concierto para dos violines en re menor* de Bach? Mi sintetizador puede hacer de segundo violín.

—No, gracias.

—¿Has hecho planes para mañana, Max? Te quedan varias visitas en la lista de tu gira por el Londres, Inglaterra, de Einstein. Por ejemplo, si quieres ir a la estación de Waterloo, donde Albert fue visto durante una ola de calor en julio, fresquito con una fina chaqueta de algodón, un polo de tenis y unos pantalones blancos sueltos, te sugiero que cojas el autobús N38, que parte cada cinco minutos del Hyde Park Corner, hasta la estación de metro de Green Park, donde podrías ir en la línea Jubilee, que también sale cada

cinco minutos, hasta la estación de Waterloo. Pero no te recomiendo llevar un polo de tenis porque no estamos en una ola de calor.

—Leo...

—¿Sí?

—¿Te suenan las palabras «demasiada información»?

—Sí. Una vez Klaus me estaba catalogando su gran variedad de eructos. Lo llamó Operación Demasiada Información.

Max asintió.

—Tú recuerda lo que dijo Einstein: «Una teoría es más impresionante cuanto más simples sean sus premisas».

—Comprendido. En el futuro intentaré seguir un protocolo de simplicidad en todas las cosas.

—Genial. Buenas noches, Leo. Nos vemos por la mañana.

—Que duermas bien, Max. Como ya te he mencionado, el nivel de peligro proveniente de la Corporación es en estos momentos de cero punto cinco seis nueve por ciento. O sea, es mínimo.

Por supuesto, lo que ninguno de los dos podía saber era que en ese mismo instante se estaba celebrando una reunión en un escondite subterráneo secreto, en Virginia Occidental.

¿Cuál era el objetivo de la reunión?

Aumentar notablemente el nivel de peligro.